

## **Ecuadorianas comunistas entre las décadas de los 60 y 70: estrategias locales para intereses internacionales**

**TATIANA SALAZAR CORTEZ**

*UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO UPV– EHU*

*UNIVERSITÉ PARIS NANTERRE – CRIIA*

*tatianasc90@gmail.com*

1. Las siguientes páginas tienen como intención aportar a la reflexión que Adriana Valobra y Mercedes Yusta abrieron en su texto compilatorio *Queridas Camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas* (2017). Me interesa sumarme al interés de pensar el comunismo ecuatoriano, en especial el gestado por las mujeres, en consonancia con la influencia de la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM) en la región y el mundo entre los años sesenta y setenta. Si bien en esa ocasión gran parte de los países iberoamericanos fueron tomados en cuenta, el Ecuador se quedó al margen. Desde la historia social de la política, analizo cómo las organizaciones de mujeres comunistas en el Ecuador legitimaron su voz política e introdujeron lecturas críticas sobre la discriminación de las mujeres latinoamericanas en un Partido Comunista del Ecuador (PCE) dominado prioritariamente por figuras y voces masculinas autorizadas. Es importante destacar que estas mujeres se pensaron a sí mismas como militantes comprometidas y, a su vez, consideraron a las mujeres sobre las que reflexionaron como sujetos de la historia y de la revolución -en femenino-, y no como subordinadas a las luchas revolucionarias que se construyeron sobre un ideal universal y genérico expresado en el obrero<sup>1</sup>. No hay que olvidar que el trabajador y obrero -en masculino- se configuró como el ideal del militante de izquierda, como el sujeto de la historia que tras el aniquilamiento de la sociedad de clases emanciparía a las mujeres en una futura sociedad socialista.

1 Sobre los ideales de la universalidad masculina revolucionaria en la izquierda, hay trabajos que exploran cómo la igualdad y la universalidad se construyeron sobre un modelo masculino de género que excluyó a las mujeres, las condicionó a dinámicas de masculinización y subordinó los conflictos de género a una retórica clasista que negaba la diferencia sexual y normativas de género vigentes en los espacios de militancia (Oberti, 2004-2005; Oberti, 2015a; Traverso, 2019).

2. La FDIM, fundada en 1945, tuvo como agenda principal aglutinar a las mujeres simpatizantes con la línea soviética de todo el mundo en el contexto de la Guerra Fría (Jadwiga, 2013a). Organizó entre 1945, año de su fundación, y 1975, Año de la Mujer, siete congresos que lograron reunir a representantes femeninas de organizaciones comunistas de todo el mundo. En varias ocasiones acudió la delegación ecuatoriana que estuvo liderada por el Partido Comunista del Ecuador y algunas organizaciones femeninas de izquierda que tuvieron corta vida en el Ecuador, como la Unión Revolucionaria de Mujeres del Ecuador (URME), a la que me referiré más adelante en este estudio. Las principales líneas de trabajo de la FDIM fueron la lucha por la paz, el desarme armamentístico, el cuidado de la infancia y los derechos de las mujeres (De Haan, 2017). Políticamente, plegaron contra el imperialismo, el colonialismo, el antifascismo (Jadwiga, 2013b) y se involucraron en las campañas por la soberanía de las naciones, reivindicaciones que incidieron en la lectura que tuvieron sobre el lugar político de las mujeres. Es innegable que la FDIM estableció maneras de hacer política con las mujeres al interior de las organizaciones comunistas, como bien lo demuestran los trabajos publicados en *Queridas Camaradas* (2017). Cada uno de sus Congresos delineó nuevas agendas e instaló, en la opinión pública en la esfera de influencia soviética, ciertas problemáticas que ubicaron en el centro del debate a las mujeres. La mayoría de las organizaciones afiliadas a la FDIM fueron de corte comunista o simpatizantes con la misma —éstas coincidían con los principios de la revolución social. Si bien la agenda de la organización se apoyaba en este proyecto globalmente, estableció intersticios políticos en los que se priorizó los derechos de las mujeres, en especial de las madres de sectores populares (De Haan, 2017), construyendo la categoría mujer-madre como expresión de lo político y lo identitario.

3. ¿Quiénes fueron estas comunistas? Las mujeres a las que he logrado acercarme en esta ocasión tuvieron dos perfiles. Por un lado, fueron militantes de larga trayectoria del PCE que incluso llegaron a formar parte de instancias de decisión al interior del partido, si no al nivel nacional, sí al nivel provincial. Por otro lado, algunas de ellas tuvieron una militancia paralela. Es decir, el PCE por intereses partidistas privilegió la militancia mixta o paralela, pero de manera tutelada, en organizaciones únicamente de mujeres que funcionaron con la venia del partido y generalmente controladas por las comunistas. Entre las militantes que he identificado están

Nela Martínez, María Luis Gómez de la Torre, Alba Calderón de Gil, Piedad Gallegos, Lucía Nieto, Marieta Cárdenas, Eddy Erazo de Maugé, todas destacadas comunistas que se incorporaron al PCE entre los años 30 y 60. Es decir, fueron mujeres profesionales, maestras, periodistas, intelectuales, escritoras y artistas que pensaban y reflexionaban sobre las realidades de las mujeres de América Latina, siempre populares, desde una distancia de clase y de etnia.

4. El presente texto está dividido en cuatro secciones. En un primer y segundo momento, abordaré la lectura del PCE sobre las organizaciones de mujeres y su relación con la FDIM. Posteriormente, haré un breve recuento sobre cuáles fueron los debates suscitados en la Conferencia Año de la Mujer de 1975. Finalmente, analizaré cómo las organizaciones locales incorporaron y ahondaron algunos debates que circularon en esos años en la esfera soviética, analizándolos a la luz interseccional de las discriminaciones sobre las mujeres.

## **1. El problema de la mujer para el PCE**

---

5. En 1972, Pedro Saad, secretario general del Comité Central del Partido Comunista del Ecuador, en un artículo publicado en el semanario *El Pueblo*, titulado “El trabajo del Partido entre las mujeres”, reprochaba a sus militantes las dificultades que enfrentaba la organización debido a la incorporación de mujeres a sus filas. En ese discurso que originalmente había sido un informe presentado al pleno del Frente de Mujeres de la ciudad de Guayaquil, Saad advertía contra el “contenido burgués feminista” que se estaba gestando y que sería únicamente contenido por la conducción revolucionaria de las mujeres obreras, campesinas y de masas populares junto al hombre (“El trabajo del Partido entre las mujeres”, *El Pueblo*, 23 de septiembre 1972; 5)<sup>2</sup>. En esa ocasión, también manifestó su profundo descontento hacia el accionar de “las mujeres profesionales” y algunas “muchachas”, para acatar la moral comunista y los designios de comportamiento establecidos por el partido. A las mujeres se les reprochó la falta de educación política, de dedicación a las tareas de militancia y se destacó la falta de

2 Esta publicación forma parte del repositorio digital marxists.org y es considerada como una de las obras más destacadas de Saad. Adicionalmente, a nivel local, fue reproducida por el semanario *El Pueblo* y publicada como cuaderno de estudio para la militancia durante toda la década de los setenta.

moral que azotaban las filas del Partido. Saad señalaba que, debido a las prácticas del *donjuanismo*<sup>3</sup>, la responsabilidad de frenarlo recaía únicamente en las mujeres. En otras palabras, en 1972, Saad se quejaba amargamente de que su estrategia de incorporación masiva de mujeres, inaugurada en 1967, no funcionó. La organización se desbordó en términos cotidianos, hecho que le obligó al PCE a hacer frente a demandas de un sector crítico de mujeres, posiblemente influenciadas por las ideas feministas de la época, que cuestionaron desde sus formaciones profesionales e intelectuales las prácticas patriarcales y de vigilancia que el secretario general sostenía en la organización. Es más, uno de los problemas que se derivaron de la convivencia con las mujeres fue la afectación a los ideales comunistas del ser varones y mujeres en ese espacio político.

6. Tras tres años de dictadura militar, en 1967, el PCE debió ocuparse de dos aspectos que lo mermaron orgánicamente. Por un lado, la creación del Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE), de corriente maoísta, órgano que succionó una parte de la militancia; por otro, la crítica a la pasividad comunista frente al radicalismo cubano. Estos dos factores causaron grietas y críticas en la organización que marcarían el derrotero de la izquierda durante toda la década de los setenta y que marcarían la presencia de las mujeres en las filas comunistas. Por motivo de las fracciones orgánicas inauguradas en 1964 (Salazar Cortez, 2017; Bonilla, 1991), el PCE se vio sin reservas numéricas. Perdió a una parte importante de su juventud y a una fracción del Comité Provincial de Pichincha; adicionalmente, tras una experiencia de férrea persecución anticomunista impulsada por la Junta Militar de Gobierno que rigió al país entre 1963-66, no tuvo otra alternativa que acudir al reclutamiento de mujeres para nutrir sus filas. Se planteó la posibilidad de incorporarlas de manera tutelada y bajo extrema observancia del Comité Central. Sería la cúpula partidista quien decidiría la agenda de las mujeres y la manera de trabajar de las células mixtas. Desde

3 En el informe, Saad no explica lo que es el *donjuanismo*. Sin embargo, testimonios de exmilitantes ecuatorianos y los trabajos de Ana Lau Jaivén (2014), para el caso del Partido Comunista Mexicano, hacen referencia a libertades sexuales y de comportamiento que los varones se tomaban frente a las mujeres. En algunas ocasiones, debido a la moral de la época, se le permitía al varón tener amantes e hijos extramatrimoniales, o coquetear con mujeres más jóvenes. Mary Nash, por ejemplo, señala que la esencia del *donjuan* se basa en la naturalización de la identidad masculina en términos de una sexualidad irrefrenable que tomó rasgos de una hipermasculinidad expresada en una forma exagerada de virilidad, en la que predominaba lo corporal, con evidentes comportamientos misóginos y de falta de respeto hacia las mujeres (Nash, 2018).

ese entonces, se negó el trabajo autónomo; se paralizó temporalmente el trabajo paralelo de las mujeres en organizaciones femeninas que se había llevado a cabo desde la década de los treinta (Salazar Cortez, 2018). Adicionalmente, se estipuló un espacio editorial dentro del semanario *El Pueblo*, que tenía como objetivo informar a las mujeres comunistas sobre las decisiones de la cúpula política y debía comunicar sobre los eventos realizados por la FDIM. La incorporación de las mujeres se realizó de manera subordinada por parte de los varones dirigentes, y bajo sospecha. Sin embargo, a pesar del intento local de tutelar y de establecer dinámicas de participación femenina, la hoja de ruta del PCE estuvo fuertemente marcada por las propuestas de la FDIM y por las perspectivas que se abrían a nivel internacional en ese momento, pero fuertemente constreñidas a los ideales de feminidad que la esfera soviética había construido en torno a las mujeres.

7. Entre 1953, año del primer congreso de la FDIM a la que acudió una delegada ecuatoriana, y 1975, *El Pueblo* se adhirió a la conmemoración por el día internacional de la mujer. La cobertura de la celebración se caracterizó por la publicación de una nota oficial de la FDIM, por motivo del 8 de marzo, por lo general. Además, si el Partido apoyaba una reunión de mujeres comunistas, también se anunciaba el encuentro y, ocasionalmente, se daba un espacio a un artículo escrito por una militante o una mujer simpatizante con la organización. Adicionalmente, si la ocasión lo ameritaba, se reproducían los comunicados de la FDIM sobre sus encuentros mundiales o noticias relevantes en torno a campañas realizadas por la organización, en especial aquellas de corte anticolonial y antimperialista que apoyó la FDIM a lo largo de los años sesenta y setenta. Este tipo de coberturas se limitaban a los días previos al mes de marzo o a la antesala de los congresos femeninos internacionales. No obstante, durante los años setenta se hizo un especial énfasis en la cobertura sobre el día del Niño y las actividades desplegadas por las comunistas con este sector, como también lo ha señalado Ana Laura de Giorgi para el caso uruguayo (2017; 222). De esta manera, el PCE se convertía en vocero de la FDIM y, a su vez, confirmaba las normativas de género vinculando a las mujeres a la maternidad, ratificando la socialización de lo biológico de la que nos advierte Bourdieu (2000), y que tiene como principales voceros la Iglesia, el Estado, la escuela, la familia, y en este caso, el partido político.
8. Por su parte, los ideales que sostenía el PCE sobre las mujeres estuvieron directamente influenciados por los escritos de Carlos Marx, Federico

Engels, Vladimir Lenin y August Bebel, quienes fueron los principales referentes de los líderes partidistas. De menor popularidad en esos años, fueron los escritos de Clara Zetkin y Alexandra Kollontai, que circulaban entre un sector femenino selecto, pero sus postulados no trascendieron a instancias de decisión. En otras palabras, los ideales de feminidad, el concepto de mujer y la estrategia de militancia que manejó el PCE se construyeron desde una perspectiva masculina autorizada y desde postulados teóricos elaborados en Europa. De esta manera, los ideales de feminidad que el PCE reprodujo al interior de sus filas se construyeron en torno a la figura de la mujer como compañera del obrero. La mujer trabajadora, quien asumía la doble carga de trabajo en el hogar y en la fábrica, estaba directamente vinculada a la maternidad, al cuidado de la familia, a la norma heterosexual y como garante de la moral. Es decir, se replicaba el modelo de mujer doméstica, afincada al hogar y también guardiana de la virtud. Las críticas de Saad a las mujeres en 1972 se entienden en este marco de referencia. No obstante, este tipo de ideales de feminidad tuvo sus limitantes. En primer lugar, por el tipo de militancia que tenía el PCE: la mayoría de las mujeres que llegaron al partido -que fueron pocas- eran profesionales, maestras, artistas, escritores, periodistas e intelectuales. Por otro lado, las comunistas no sólo debieron lidiar con la contradicción de clase, por no ser obreras (Oberti, 2015a), sino que hicieron frente a la transgresión a las normativas del género por el hecho de vincularse a un partido político masculino y por asumir roles abiertamente públicos. Así, esta militancia femenina debía lidiar con la transgresión de los ideales de mujer doméstica, conservadora y afincada en el hogar, hecho que generaba disgustos al interior del partido y en ellas mismas. Es decir, sus vivencias estaban marcadas por distintas contradicciones: por un lado, su extracción de clase y, por otro, el hecho de no asumir para sí el ideal de mujer teórica, elaborado por la autoridad masculina reproducida en el partido. No obstante, para la mayoría de las mujeres de la época y también para estas mujeres, la maternidad fue un marcador identitario innegociable. La maternidad se convirtió en una bandera política e identitaria de las comunistas y de la FDIM, hecho que les permitió armonizar al nivel de la militancia sus contradicciones con las mujeres sobre las que reflexionaron.

9. A pesar de que los ideales de feminidad normativos para el PCE estuvieron contruidos en torno a la mujer-madre, como lo han señalado las reflexiones vertidas en los textos de Valobra y Yusta (2017), en los años

setenta, el PCE enfrentó un proceso de renegociación de estos postulados. Alba Calderón, miembro del Comité Central del PCE, en una dura crítica al PCE, señalaba que, si bien el marxismo leninismo había posibilitado enfrentar a los planteamientos burgueses feministas, el Partido no había entendido el carácter inaplazable de la lucha de las mujeres. Precisamente, de manera sardónica señalaba que, ante la incapacidad de establecer como prioritario el trabajo de las mujeres, no se habían sumado ni las esposas de los militantes, quienes eran el principal componente por reclutar (“Por la incorporación de las mujeres en nuestro trabajo revolucionario”, *El Pueblo*, 5 de enero 1974; 6). Esta dura crítica de Calderón se inscribió en la crisis orgánica que el PCE atravesaba en esos años; el PCE también miraba con recelo las demandas de las mujeres jóvenes. Las fracciones políticas y las juventudes le obligaron a la dirección del Partido a replantear sus consignas y modelos de militancia, especialmente en torno a las jóvenes estudiantes.

10. El fantasma con el que lidiaron fue el feminismo. Según Alba Calderón, el movimiento de mujeres estaba captado por reivindicaciones parciales, como la “discriminación”, que alejaban de la lucha de clases y revolucionaria a las jóvenes. Para frenar esa tendencia, el PCE estableció una nueva estrategia de reclutamiento y de incorporación de mujeres a las células. Si bien en 1972, Pedro Saad renegaba de la incidencia del feminismo en sus filas, la única manera de contenerlo fue publicitando con mayor intensidad artículos sobre el movimiento de mujeres internacional, eso sí, de corte soviético. El secretario general buscó imponer un contra discurso pensado desde una narrativa funcional al partido. En esta empresa, el semanario *El Pueblo* destacaba, por ejemplo, perfiles de figuras que podían servir a las jóvenes como referentes identitarios, tales como la española Dolores Ibárruri, La Pasionaria; Valentina Tereshkova, primera mujer cosmonauta; Nadezhka Krupskaya, esposa de Lenin; y desde una perspectiva más juvenil y fresca, la activista afroamericana, Angela Davis y la actriz y entonces miembro del Partido Comunista de los Estados Unidos, Jane Fonda.

11. El PCE optó por refrescar su narrativa, sin perder de vista el control patriarcal del mismo, en especial frente a la amenaza del feminismo. A mediados de los setenta, apoyó la creación del Frente de Mujeres que debía funcionar como los otros frentes de trabajo, como fueron el estudiantil, sindical, artístico, etc. La cúpula partidista se apoyó, nuevamente, en la militancia paralela, tutelada y vigilada. Como parte de esa iniciativa, apoyaron la creación del Activo de Mujeres del PCE y la Unión de Mujeres del

Guayas, que estuvo liderada por Ana de Monroy y Alba Calderón hasta mediados de los setenta y cuya actividad se concentró en la ciudad de Guayaquil. Fue en este escenario en el que el PCE, a través de Pedro Saad, incorporó temas sobre juventud, sexualidad, amor y vida cotidiana (“Unidad de la juventud progresista y patriótica del Ecuador en la Lucha por la Liberación Social y nacional”, *El Pueblo*, 29 de agosto al 4 de septiembre de 1975; 5-9). Asimismo, se incorporaron algunos postulados de la FDIM y se lidió con sus componentes femeninos, quienes, si bien se reconocían como marxistas y acogían los principios del partido, miraban la necesidad inaplazable de mejorar la situación particular de las mujeres.

## **2. La FDIM y el Ecuador**

---

12. Desde su fundación la Federación Democrática Internacional de Mujeres anunció que su objetivo era convertirse en una organización de masas que convocase a todas las mujeres de los continentes, sin distinción de sectores sociales, ideologías políticas, religión o profesión. Para la URSS, “las mujeres se transformaron en el canal extraordinario que el movimiento comunista utilizó para explotar la propaganda sobre la paz” (Lau Jaivén, 2014; Nevailh, 2003). La FDIM, si bien apoyaba los postulados de comunismo internacional sobre la revolución, generó un intersticio político, al margen de la vigilancia de la cúpula soviética, donde acogió a cientos de organizaciones de mujeres de izquierda. Con la intención de crear conciencia a nivel mundial sobre la paz, la infancia y la importancia de la maternidad social (Bock, 2003; Llona, 2013), la FDIM politizó la diferencia sexual y estableció mecanismos institucionales para lograr transformar la vida de las mujeres.
13. Es innegable que la FDIM marcó la agenda y el discurso del PCE. Por ejemplo, en Copenhague en 1953, Alba Calderón, a su regreso al Ecuador, presentó en las páginas de *El Pueblo* los debates acuñados en el congreso, cuyo tema central fueron los derechos de las mujeres. En aquella ocasión, los principales derroteros fueron los derechos laborales y el rol del Estado como garante de la conciliación de la maternidad y del trabajo (“Las tareas de las mujeres en el momento actual”, *El Pueblo*, Quito, sábado 16 de enero de 1954; 4), ejes que eran ya pensados por el PCE desde las décadas anteriores. Por su parte, en Viena, en 1958, el tema central de la jornada fue la

infancia. A raíz de ello, el PCE impulsó el compromiso y vinculación “natural” de las mujeres con los niños, reforzando el rol maternalista que socialmente se sostenía sobre las mujeres (“Las mujeres deben defender la infancia y luchar por la paz”, *El Pueblo*, sábado 23 de enero de 1954; 4). Mientras tanto, en 1963, fue evidente el impacto de la revolución cubana en la región. Tras el congreso de Moscú, el partido se volvió más incisivo sobre la importancia de la participación de las mujeres en el desarme general y la paz, tema central del encuentro, que tuvo un especial énfasis en el rechazo al bloqueo a Cuba. También, Lucía Nieto, después del Congreso de Helsinki en 1969, presentó un informe sobre “El papel de las mujeres en el mundo actual” (“1968 Congreso Mundial de Mujeres”, *El Pueblo*, 31 de agosto de 1968; 9), donde se debatió sobre la supresión de la discriminación contra la mujer, la garantía de la verdadera igualdad y “la eliminación de las tradiciones y prejuicios caducos”, que, para la FDIM, serían logrados según el “grado de participación de la mujer en la lucha de sus pueblos por la independencia, el progreso y la paz” (“Llamamiento a las mujeres del mundo entero”, *El Pueblo*, 31 de agosto de 1968; 12). El cambio de temáticas a tratar y de consignas a abordar no fue estable; se evidencia cómo los debates sobre la liberación de las mujeres, que surgieron después de la Segunda Guerra mundial en Europa y Norteamérica, incidieron en la organización, incluso al incorporar críticas y debates del feminismo de segunda ola, pese a su negación a reconocerse como tales (McDuffie, 2011). Es decir, la organización cambió con el tiempo y, con ello, la manera de entender el lugar de las mujeres en la política; hecho que también se evidenció en los discursos del PCE. Finalmente, en 1975, y en consonancia con el movimiento internacional de mujeres, la reunión que fue convocada por la FDIM y que se llevó a cabo en Berlín tenía como objetivo profundizar las tesis que el bloque tercermundista impusiera meses antes, en la Conferencia del Año Internacional de la Mujer, en México, y, así, responder a algunas consignas impulsadas por los países desarrollados en esa ocasión.

### **3. 1975, Año Internacional de la Mujer**

---

14. La Conferencia Mundial por el Año de la mujer, cuyo lema fue “Igualdad, Desarrollo y Paz” (Giordano, 2012), se llevó a cabo en México entre junio y julio, con representantes de 113 países. Hasta 1975, la FDIM apoyó seis congresos de mujeres en América Latina; todos contaron con una dele-

gada del PCE (De Haan, 2017). Con un trabajo de larga data en la región, cuando en 1972 la FDIM mocionó la declaración del Año de la Mujer como instancia consultiva de la ONU, esta fue bien acogida por las organizaciones miembros de la FDIM. En esos espacios, la conceptualización de la mujer como madre fue la herramienta teórica y práctica que empleó la FDIM para posicionar sus agendas a nivel regional. El reconocimiento de la maternidad social, sumado a las políticas de desarrollo que se instalaron en las estrategias económicas de la ONU de manera más sostenida en los años setenta (Fuentes, 2014), colocó a las mujeres en el centro del debate sobre el desarrollo. Así, vinculadas a la infancia como cuidadoras garantes de la educación y de la nutrición infantil -además de agentes activas en las luchas por la soberanía de los pueblos y la paz-, las mujeres se convirtieron en el foco de interés de los organismos internacionales y de los planes de desarrollo, en los que los Estados debían ser los gestores principales de la incorporación de las mujeres a la economía nacional.

15. Este viraje discursivo y estratégico impulsado por la ONU y secundado por la FDIM se materializó en la narrativa del PCE. Por ejemplo, en pleno boom petrolero se discutió sobre el compromiso de las mujeres en la defensa de los recursos naturales, sobre su rol en la nacionalización del petróleo y en la defensa de la soberanía marítima (“Llamamiento a la mujer ecuatoriana”, *El Pueblo*, 16 de septiembre 1972; 3). En otras palabras, cuando la FDIM apoyó la Conferencia de mujeres de 1975, en el contexto económico regional se decantó por acoger una línea económica y desarrollista que situaba a las mujeres como deudoras de estas políticas, cuya finalidad era superar el subdesarrollo y que era ampliamente aceptada por las mujeres afines a la FDIM.
16. A la par de la Conferencia de Mujeres, se llevó a cabo una reunión llamada la Tribuna de organizaciones no gubernamentales, espacio no oficial que acogió a organizaciones políticas y a personas individuales. Pamela Fuentes (2014) y Verónica Giordano (2012) han trabajado a profundidad los enfrentamientos surgidos entre las delegaciones en aquella ocasión y su impacto en México y Argentina. Las autoras señalan que el bloque del Tercer mundo centró sus reflexiones sobre la importancia de las mujeres en el desarrollo, la necesidad de un nuevo orden económico internacional, la independencia económica para el Tercer Mundo y el reparto de las riquezas. Esta postura se vio enfrentada al bloque del primer mundo que, no de manera homogénea, apoyaba las tesis del feminismo liberal, basadas en

derechos sexuales y reproductivos de las mujeres. Estas últimas fueron consideradas, por el bloque del Tercer mundo, como alejadas de las necesidades de las mayorías; es más, problemáticas sobre el lesbianismo y la prostitución fueron tratadas como excentricidades (Fuentes, 2014; 168). Adicionalmente, el aborto y la contracepción generaron más de un enfrentamiento. Sobre este tema, central para el feminismo de segunda ola, el bloque del Tercer mundo planteó que la planificación familiar era una estrategia para esterilizar a las mujeres pobres y para garantizar el mejor control de la región, debido al poco crecimiento poblacional (Fuentes, 2014; 175). Como bien lo señala Fuentes, el enfrentamiento giró en torno al imperialismo, representado por la delegación norteamericana, encabezada por la feminista Betty Friedan, en oposición al bloque del Tercer mundo, claramente de izquierda, que era partícipe de las tesis de la FDIM. Incluso, mujeres afines a la organización realizaron un evento en el Teatro Hidalgo, en México, en el que denostaban el fascismo y la violencia en Chile, en el que participaron Laura Allende, hermana del expresidente chileno, y delegadas de Vietnam, Costa Rica, Argentina y Cuba (Ministerio de Relaciones Exteriores, 1975). Esta manifestación antifascista puede ser explicada por la influencia de la FDIM en las organizaciones que participaron en el bloque del Tercer mundo y, también, por el intento de reivindicar una identidad femenina contestataria, política, de izquierda y ajena a la influencia imperialista norteamericana que era ajena a los modelos de feminidad que la FDIM había instalado en la esfera soviética. Pero ¿por qué las propuestas de estas mujeres quedaron tan enfrentadas? Veamos qué se decía en concreto sobre las problemáticas que afectaban a las mujeres en el caso ecuatoriano.

#### **4. Estrategias locales para problemas internacionales, una apuesta interseccional**

---

17. En esta sección, contrastaré el discurso del PCE y el de la Unión Revolucionaria de Mujeres del Ecuador (URME), que inicialmente se constituyeron como una plataforma paralela de mujeres, pero que devino en crítica a las lógicas jerárquicas del PCE. La URME acogió a comunistas, socialistas y simpatizantes con la izquierda, a mujeres profesionales, mujeres afroecuatorianas, amas de casa y jóvenes. Es decir, fue una organización que captó, de 1962 a 1965, parte de la militancia femenina en la izquierda ecuatoriana. Al ser un análisis que se centra en el registro escrito, es importante señalar

que, dentro de cada organización, hubo matices y diferentes criterios. Lo recogido aquí responde parcialmente al pensamiento y experiencia de estas mujeres. En todo caso, es un acercamiento a las temáticas que se discutieron en el arco temporal de estudio y permite identificar la manera en la que estas mujeres llegaron a disputar los discursos de la cultura política izquierdista.

18. La URME, al igual que el PCE, reunió organizaciones que estuvieron adscritas a la FDIM. De hecho, coincidieron en la mayoría de los postulados durante los años sesenta. Por ejemplo, la maternidad fue central no sólo en el debate político, sino que fue crucial en la politización del sujeto-mujer como madre y también como marcador identitario colectivo. La maternidad y el reconocimiento de ésta por el Estado fueron la piedra angular de demandas de URME y de las plataformas del PCE, hecho que había sido planteado de manera temprana por la FDIM. Ambas organizaciones pensaron en las mujeres como sujetos activos, siempre y cuando respondan a la “combinación armónica entre el papel de madre, trabajadora y ciudadana” (“Clausurado Congreso Mundial de Mujeres”, *El Pueblo*, 21 de junio 1969; 4). La maternidad social fue un elemento que atravesó el compromiso político de las mujeres y propició el análisis interseccional sobre la realidad social de las mujeres ecuatorianas y latinoamericanas. Por ejemplo, la Doctora Hilda Auz, miembro de URME, señalaba en las páginas de *Nuestra Palabra*, en 1963, que la condición de clase y la “codicia” de “las castas dominantes” eran las causantes de la desnutrición infantil (“Página de las madres: La alimentación y la salud”, *Nuestra Palabra*, n°1, enero 1963). Asimismo, Mariana de Pineda, articulista, realizó un análisis sobre el sistema discriminatorio estadounidense con la población afro (“Discriminación y Yanquismo”, *Nuestra Palabra*, n°4, junio 1963; 8-9), es decir, no dejaron de lado las críticas antiimperialistas; hecho que hacía eco al pensar la doble discriminación de las mujeres esmeraldeñas afroecuatorianas, a nivel local. También, sobre los impactos de la reforma agraria, la URME puso en primera plana a las mujeres indígenas. Destacó su situación de vulnerabilidad ante los terratenientes, el trabajo campesino no remunerado y el trabajo doméstico no compartido con los varones (“Mujer en el Ecuador: La mujer en lo económico y social”, *Nuestra Palabra*, n°4, junio 1963; 24-25). Si bien para el PCE la reforma agraria y la violencia estadounidense fueron tópicos que no le fueron ajenos, los abordaron sin ninguna distinción de género y desde una perspectiva que privilegiaba la apreciación de

clase construida desde una lectura masculina (Scott, 2008) de la realidad social. Fue en la década de los setenta cuando la narrativa dio un giro: el PCE problematizó las desigualdades de la incorporación de las mujeres al mercado laboral y propugnó la participación en el desarrollo económico social y cultural. La nueva narrativa incluía a las maestras, las estudiantes y las amas de casa como sujetos a ser politizados (“La juventud comunista y el 8 de marzo. Día internacional de la mujer”, *El Pueblo*, 4 de marzo 1970; 7) e identificaba en las mujeres la fuerza motora para defender los recursos naturales, es decir, se acopló a las retóricas desarrollistas que eran populares en ese momento.

19. También fue a través de la figura de la mujer-madre como la URME hizo llamamientos a la defensa de los derechos de los presos políticos (“Agua, perros, balas y palos contra veinte esposas, madres e hijas de presos políticos”, *Nuestra Palabra*, n°1, enero 1963; 20-21). La URME, durante la Junta Militar de Gobierno (1963-1966), organizó -junto al Frente Nacional de Mujeres, plataforma del PCE- la Comisión de Derechos Humanos, con la intención de reclamar contra la represión a los estudiantes universitarios y la persecución a los militantes de izquierda. La narrativa de la defensa se hizo como madres, esposas o familiares de perseguidos políticos, es decir, emplearon estratégicamente el rol materno como legitimador de sus acciones, ya que se reconocían y también eran reconocidas como garantes y conservadoras de la vida, como lo ha señalado Temma Kaplan (1982), al momento de pensar la identidad femenina. Es decir, antes los ojos de los militares ese reclamo era propio de su sexo, políticamente aceptado y no fue considerado como amenaza porque eran mujeres. Nuevamente, el rol maternal y la identidad política vinculada al mismo fue un marcador identitario potente, que se nutrió en esos años del ejemplo de la madre cubana y vietnamita (“Jornada internacional de Solidaridad con Vietnam”, *El Pueblo*, 5 de julio 1969; 8), que a su vez evocaba a otro tipo de representación femenina, como fue la mujer en armas (Vidaurrázaga, 2012; Salazar Cortez, 2017). En los años setenta, en esta línea sobre los derechos humanos, después del golpe de Estado a Salvador Allende, el PCE cambió la retórica sobre la maternidad, centrándose en las desaparecidas jóvenes y en el exilio político, aunque sin perder de vista a los niños huérfanos (“Boletín de la Federación Internacional de Mujeres”, *El Pueblo*, 22 al 28 de febrero 1974; 4). El discurso destacaba el apoyo a las mujeres recluidas en cárceles y campos de concentración por motivo de su compromiso político (“Mensaje en el

día de la mujer”, *El Pueblo*, 8 al 14 de marzo 1974; 3, 7). Es decir, se generó una transición a una figura más juvenil, paralela a la materna, pero que debían convivir (Oberti, 2015b). Fue en ese contexto en el que el PCE publicó imágenes femeninas de mujeres más juveniles, como las ya mencionadas Jane Fonda y Angela Davis.

20. Para las mujeres comunistas y una gran parte de ecuatorianas de la época, la maternidad formó parte de su identidad femenina. A pesar de ello, en las páginas de la revista *Nuestra Palabra*, la URME difundió información sobre el control de la fertilidad. Publicó información sobre un dispositivo para hacerlo. Se aseguraba que el “C Indicator” era un método seguro, científico y aprobado por la Iglesia. Lamentablemente, no puedo tener una idea certera sobre el tema, al no existir más referencias. En todo caso, fue una opción informativa que abogaba por la decisión sobre el cuerpo femenino y la capacidad de las mujeres de planificar sus familias, hecho que estaba en consonancia con las preocupaciones del movimiento de mujeres del momento. Sobre este tema, el PCE nunca se manifestó, ratificando una visión conservadora sobre el cuerpo femenino. Sobre este tema, los maoístas y los trotskistas, fracciones críticas a los partidos comunistas de hasta entonces, en los años setenta, identificaban en la contracepción una política de control poblacional imperialista, apreciación acorde y dominante entre la cultura política izquierdista de la región de la época (“La última palabra en anticonceptivos”, *En Marcha*, marzo, 4ta semana, 1969 ; 2/ Dolores Parra, “La liberación de la mujer, el sexo y las revistas femeninas”, *Oveja Negra. Revista de pensamiento responsable y libre*, n°1, noviembre, 1978; 42-46).
21. Finalmente, quisiera hacer una pequeña alusión a las tensiones que surgieron en torno al feminismo por parte de estas mujeres. Durante los años de estudio, estas comunistas rechazaron tajantemente el apelativo de feministas. De hecho, eran reacias a analizar temas sobre sexualidad, por lo menos de manera pública, porque consideraban que estaban alejados de los intereses de la mayoría. Sin embargo, como lo han señalado Francisca de Hann, Erik McDuffie y otros estudiosos, estas mujeres incorporaron para sí una perspectiva interseccional que estaba siendo usada por las feministas de la época. La clase, la raza y el género formaron parte de sus experiencias y de la realidad nacional en la que vivían y buscaban transformar. Eso sí, identificaron al género como variable de desigualdad y de opresión inherente a su diferencia sexual. La URME, por ejemplo, señalaba que “desde el

inicio de los siglos, desde la centenaria servidumbre”, el sufrimiento “se aumenta cuando se es mujer” (“Editorial”, *Nuestra Palabra*, n°1, enero, 1963; 3). O, “todas las ecuatorianas, cualesquiera sean sus condiciones sociales y económicas, sufren la discriminación inherente a su calidad de mujer” (“Nuestro saludo”, *Nuestra Palabra*, n°1, enero, 1963; 3). En otras palabras, identificaban el “ser mujer” y las construcciones socio culturales que se ejercen sobre ellas como los generadores de la desigualdad, desde una perspectiva que incluía distintas opresiones entrelazadas. Si bien la URME rompió relaciones con el PCE y se configuró en una organización de mujeres críticas al patriarcado de la organización (Salazar Cortez, 2017), las mujeres que permanecieron en el PCE también conjugaron a la clase y a la etnia como elementos claves en las situaciones de vulnerabilidad de las mujeres ecuatorianas, eso sí, siendo más reacias al feminismo y siguiendo las lógicas de control establecidas por la jerarquía del PCE.

## Conclusiones

---

22. El enfrentamiento entre los bloques del Tercer mundo y los países desarrollados se debió en gran parte a las distintas concepciones del ser mujer que cada una de las delegaciones tuvo. Sin duda, la incidencia de la FDIM y la movilización de mujeres que generaron sus congresos marcaron el contexto de los postulados instalados durante la Conferencia de Mujeres y la Tribuna de las ONG, en 1975. Las temáticas sobre el desarrollo, el reordenamiento económico mundial y la distribución de las riquezas predominaron en el bloque del Tercer Mundo. El énfasis en el análisis económico abogó a que las mujeres exijan soluciones pensadas desde las distintas opresiones, interseccionales, que vivían estas mujeres del sur global. Los debates basados en la sexualidad no sólo fueron considerados como excéntricas, sino que atacaban las concepciones del sujeto femenino madre que la FDIM y el bloque soviético venían ratificando desde los años 50. Este hecho lo podemos constatar cuando nos acercamos a los debates e intereses propuestos por la URME y el PCE, a pesar de los cambios en las narrativas que generaron a través de las dos décadas. Es más, a mi criterio, la manifestación antifascista suscitada en el Teatro Hidalgo rememoraba estratégicamente los inicios políticos de las mujeres de la FDIM. El rechazo al feminismo de segunda ola y la misma interseccionalidad de sus análisis buscaron enfatizar en un tipo de ser mujer marcado por una identidad de

izquierda, antiimperialista, anticolonialista y claramente influenciada por los ideales de la maternidad.

23. Adicionalmente, y pese a los cambios que el PCE elaboró sobre las mujeres, la FDIM fue un referente ineludible, no sólo para la narrativa de la organización, sino para las militantes. La maternidad configuró un sujeto femenino generador de cambio, que de alguna manera permitía generar identidades compartidas con mujeres obreras, campesinas, afroamericanas e indígenas, pese a las normativas e ideales del género elaborados por la tradición marxista en torno a la mujer trabajadora. La maternidad como discurso y experiencia permitió que las comunistas negocien con la contradicción de no tener una procedencia obrera, como fue el caso de la mayoría de las mujeres estudiadas: les permitía compartir una experiencia y preocupación basada en su biología social (Bourdieu, 2000). Fue en este intersticio en el que la diferencia sexual y la narrativa de la identidad maternal tuvieron un efecto identitario, con sus limitantes, en especial frente a los componentes juveniles que vivieron de otra manera la militancia comunista. Esta militancia, en los años setenta, estuvo influenciada por los ideales que el *hombre nuevo*<sup>4</sup> de Ernesto Guevara impulsó en la nueva izquierda latinoamericana.

24. Asimismo, más allá de la práctica política y la influencia internacional que ejercía la FDIM sobre las organizaciones comunistas, el PCE se enfrentó a posiciones críticas dentro de sus filas, que provinieron de un sector específico de su militancia. Pese al intento de control y tutelaje de las mujeres, la militancia paralela entre el PCE y las organizaciones de mujeres abrieron betas de resistencia al predominio a la jerarquía masculina y patriarcal del Comité Central. Desde críticas internas como las de Alba Calderón, hasta más radicales que apuntaron a la jerarquía partidista, como fue el caso de URME, la crítica femenina generó temor y reticencia, obligándole al partido a defenderse, incluso de manera orgánica. En este contexto, el feminismo fue una tendencia combatida desde distintas aristas, sea desde la coerción organizativa, o desde el discurso.

4 El ideal del *hombre nuevo* fue una apuesta que buscaba elaborar a nuevos sujetos militantes en el camino hacia el socialismo y no tras su consecución; fue pensado en un contexto de guerrilla en el que el referente fue el varón en armas. Los nuevos sujetos debían asumir una nueva moral y valores revolucionarios que serían vividos en la práctica y en la cotidianidad contemporánea. La historiografía latinoamericana ha reflexionado largamente sobre el tema; aquí citado está Oberti (2015) y Vidaurrázaga (2012).

25. Ante la inherente condición de ser mujer, la URME articuló desde la interseccionalidad análisis sobre la situación de las mujeres, que les permitió politizar su diferencia sexual de manera entrelazada frente a las condiciones de discriminación. Este hecho les permitió disputar la opinión dominante de la esfera comunista ecuatoriana, como se puede apreciar en la revista *Nuestra Palabra*, colocando en el centro del debate a las mujeres y así cuestionar la concepción universal masculina de la política comunista.

### **Bibliographie**

---

BOCK Gisela, «Pobreza femenina, derechos de las madres y Estados de bienestar (1890-1950)», in *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XX*, en Françoise Thébaud (dir.), tomo 5, Madrid, Santillana S.A., 2003, p. 438-478.

BOURDIEU Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000.

DE GIOIRGI Ana Laura, “Entre la lucha por la carestía y por los derechos de la mujer. Las comunistas uruguayas durante la segunda mitad del siglo XX (1942-1973)», in *Queridas Camaradas. Historias Iberoamericanas de mujeres comunistas*, Adriana Valobra y Mercedes Yusta (dir.), Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2017, p. 215-234.

DE HAAN Francisca, «La Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM) y América Latina, de 1945 a los años setenta», in *Queridas Camaradas. Historias Iberoamericanas de mujeres comunistas*, Adriana Valobra y Mercedes Yusta (dir.), Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2017, p. 17-44.

FUENTES Pamela, «Entre reivindicaciones sexuales y reclamos de justicia económica: divisiones políticas e ideológicas durante la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer. México, 1975», *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, n°89, mayo-agosto, 2014, p. 163-192.

GIORDANO Verónica, «La celebración del Año Internacional de la Mujer en Argentina (1975): acciones y conflictos», *Estudios Feministas*, vol. 20, n°1, enero-abril, 2012, p. 75- 94.

KAPLAN Temma, «Conciencia Femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918», *Sings. Journal of Women in Culture and Society*, n° 7, 1982, p. 545-566.

LAU JAIVÉN Ana, «La Unión Nacional de Mujeres Mexicanas entre el comunismo y el feminismo: una difícil relación», *La ventana*, n°40, 2014, p. 165-185.

LLONA Miren, «Los significados de la ciudadanía social para las mujeres trabajadoras en el primer tercio del siglo XX: la vida girada de María Ocharan», in *La ciudadanía social en España: los orígenes históricos*, Miguel Ángel Cabrera Acosta (dir.), España, Universidad de Cantabria, 2013, p. 195-256.

MCDUFFIE Erik, *Sojourning for freedom. Black women, American communism and the making of the black left feminism*, Durham, Duke University Press, 2011.

Ministerio de Relaciones Exteriores, Alfredo Pareja Diezcanseco, *Notas comunes recibidas de la Delegación Mexicana al Ecuador, 1975*, “Acto Antifascista realizado en el Teatro Hidalgo”, *Notas comunes recibidas de la Delegación Mexicana al Ecuador, 1975*, México D. F, 30 de junio de 1975.

NAVAILH Françoise, «El modelo soviético», in *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XX*, Georges Duby y Michelle Perrot (dir.), vol. V, Madrid, Taurus, 2003, p. 284-313.

PIEPER MOONEY, Jadwiga, «El Antifascismo como fuerza movilizadora: Fanny Edelman y la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM)», *Anuario IEHS*, vol. 28, 2013, p. 207-226.

PIEPER MOONEY Jadwiga, «Fighting fascism and forgiving new political activism. The Women’s International Democratic Federation (WIDF) in the Cold War», in *De-centering Cold War History. Local and Global Change*,

Jadwiga E. Pieper Mooney y Fabio Lanza (dir.), Londres, Routledge, 2013, p. 52-72.

NASH Mary, «Masculinidades vacacionales y veraniegas: el Rodríguez y el donjuán en el turismo de masas», *Rúbrica contemporánea*, n°13, 2018, p. 23-39.

OBERTI Alejandra, *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, Buenos Aires, Edhasa, 2015a.

\_\_\_\_\_, «¿Lo personal es político?: repensar la historia de las organizaciones político militares», *Estudos Feministas*, vol. 23, septiembre-diciembre, 2015b, p. 893-911.

\_\_\_\_\_, « La moral según los revolucionarios », *Políticas de la memoria*, n°5, verano 2004-2005, p. 77-84.

SALAZAR CORTEZ Tatiana, «Una lectura a la versátil militancia de la Alianza Femenina Ecuatoriana, 1938-1950», *TRASHUMANTE. Revista Americana de Historia Social*, vol. 11, 2018, p. 164-186.

\_\_\_\_\_, *La experiencia militante de la Unión Revolucionaria de Mujeres del Ecuador, URME, 1962-1966*, Tesis de maestría en historia, Universidad Andina Simón Bolívar – Sede Ecuador, 2017, 121 p. (dactyl.).

TRAVERSO Enzo, *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2019.

VIDAURRÁZAGA Tamara, «¿El hombre nuevo?: Moral revolucionaria guevarista y militancia femenina. El caso del MIR», *Revista Nomadías*, n°15, julio 2012, p. 69-89.